

Jornada de discernimiento vocacional *Del 5 al 8 de mayo de 2022*

SEGUNDA CATEQUESIS

Características del llamado y cómo discernirlo

1. ¿Cómo llama Dios?
2. Descubriendo la vocación. Primera norma de elección.
3. Descubriendo la vocación: Normas de elección.

¿Cuál es el fondo de toda vocación sacerdotal? ¿Cómo se explica una vocación al sacerdocio? No hay otra causa sino la preferencia voluntariamente querida de Alguien, y ese alguien es Cristo. El querer ser como Él, el querer prolongar su vida, llenar el mundo de su amor, y hacer su nombre conocido y amado. Cristo está en el origen y en la fuerza de cada vocación. Nada fuera de esto puede dar una explicación del por qué jóvenes generosos, llenos de cualidades, se deciden a dejarlo todo por una vida que conscientemente saben es dura, durísima, y la abrazan precisamente porque es dura. La vocación de Javier, de Luis Gonzaga, de Estanislao, que renunciaban a todo lo hermoso que el mundo podía ofrecerles. (...) *Quia amo Christum* (puesto que amo a Cristo) es la respuesta común. ¿Qué ha hecho Cristo por mí? ¿Qué he hecho yo por Cristo? ¿Qué puedo hacer por Cristo?, es la pregunta que ellos se hacen¹.

1. ¿Cómo llama Dios?²

El llamado de Dios ordinariamente es *interior*. Es Dios quien desde dentro inspira a las almas el deseo de abrazar un estado tan alto y excelso como es el de la vida consagrada y sacerdotal. Podemos reconocer dos pasos.

Dios nos hace conocer el bien del estado religioso o sacerdotal

Hay quienes dicen que para que haya auténtica vocación es necesario ser llamados directamente por la voz del Señor de modo extraordinario como cuando llamó a Pedro o Andrés, y entonces ahí sí no hay que demorar e ingresar de inmediato. Pero cuando el hombre es llamado sólo interiormente, entonces sí que es necesaria una larga deliberación y el consejo de muchos para conocer si el llamado procede realmente de una inspiración divina.

¹ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2005², p. 243.

² *Directorio de Vocaciones del Instituto del Verbo Encarnado*.

A esto respondemos con Santo Tomás de Aquino: “*Réplica llena de errores*”³. El deseo interior y desinteresado de abrazar el estado religioso es auténtico llamado divino, por ser un deseo que supera la naturaleza, y debe ser seguido al instante; hoy como ayer son válidas las palabras de Jesús en la Escritura. El consejo “*si quieres ser perfecto ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres*” (Mt 19, 21) lo dirigía Cristo a todos los hombres de cualquier tiempo y lugar: “*cualquiera que haya dejado casa o hermanos... por causa de mi nombre, recibirá cien veces más y poseerá la vida eterna*” (Mt 19,29). Y así todos, aún hoy, deben recibir este consejo como si lo oyesen de los mismos labios del Señor. Y quien por éste se determine puede pensar lícitamente que ha recibido la auténtica vocación religiosa.

Son muchos los que tienen vocación

No es preciso ir a buscarlos muy lejos o a otros sitios. Los tenemos entre nosotros. No nos damos cuenta porque la vocación es un tesoro escondido que se ha de descubrir y por regla general en un ambiente favorable sale a la superficie y se da a conocer. **Jesús, ciertamente, no puede dejar a su Iglesia sin sacerdotes**, y a la par que Ella se desarrolla, ellos han de aumentar. Y con todo, sucede lo contrario. Los católicos crecen y los sacerdotes disminuyen. Faltan vocaciones. ¿Es que tal vez Dios no llama? ¡Sería absurdo! Dios que quiere el fin (la salvación del mundo) ha de dar también los medios (las vocaciones).

Pues entonces querrá decir que muchas vocaciones quedan estériles, ahogadas, no seguidas, y sin embargo, hay, debe de haber, vocaciones. **San Juan Bosco decía que más del 30 por ciento de nuestros jóvenes católicos tienen vocación**. Una vez quise comprobar si San Juan Bosco exageraba. Era Profesor en una clase de Bachiller. Enseñaba, entre otras materias, italiano y tenía dieciocho alumnos. Les di como composición el tema ‘Mi porvenir’. Pues bien, de dieciocho, doce me hablaron de vocación sacerdotal, religiosa o misionera (...).

Son muchos y aún diría muchísimos los jóvenes católicos que son llamados a la vida religiosa pero (y estamos frente otra convicción necesaria) pocos conocen que la tienen y poquísimos los que la siguen. Sobre esta convicción se basa principalmente el trabajo que se ha de hacer en este terreno.⁴

San Alberto Hurtado añadía:

Pero también hay muchos llamados, muchísimos, lo sabemos por la teología y casi diría por la fe. Santo Tomás nos dice que Dios nunca abandona a su Iglesia hasta el punto de abandonarla de ministros idóneos, por tanto, del número suficiente de sacerdotes.⁵

³ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina de los que apartan a los hombres del ingreso a la religión* (Buenos Aires 1946) 81.

⁴ EMVIN, BUSUTTIL, SJ. *Las vocaciones, encontrarlas, examinarlas, probarlas. Introducción: Ideas firmes que deben tener quienes trabajan por las vocaciones.*

⁵ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda de Dios...*, p. 244.

El modo ordinario como Dios suscita las vocaciones es *interior*, por las divinas insinuaciones del Espíritu Santo al alma. Modo que precede a toda palabra externa ya que *“el Creador no abre su boca para enseñar al hombre sin haberle hablado antes por la unción del Espíritu”*⁶. Por tanto el llamado interior⁷ es auténtico llamado de Dios y debe ser obedecido al instante, como si lo oyéramos de la voz del Señor.

Es característico del llamado divino, impulsar a los hombres a cosas más altas⁸. Por eso nunca el deseo de vida religiosa, al ser tan excelso y elevado, puede provenir del demonio o de la carne. Dijo Santo Tomás citando a San Agustín: *“muy ajena cosa a los sentidos de la carne es esta escuela en la que el Padre es escuchado y enseña el camino para llegar al Hijo”*⁹.

Tal llamado de Dios es el fundamento mismo sobre el que se apoya todo el edificio, pues como decía Pío XII *“la vocación religiosa y sacerdotal, que brilla con excelencia tan sublime y se halla repleta de tantas distinciones naturales y sobrenaturales (...), no puede tener otro origen sino el Padre de las luces, de quien viene todo don excelente y toda gracia perfecta (Cf. St 1, 17)”*¹⁰.

Ya conoces el plan de Dios sobre la creación: todos los seres, cada ser en particular tiene su misión propia. La misión del hombre no le es impuesta por fuerza, sino que ha sido entregada a su libertad. ¡Privilegio sublime que constituye la grandeza inconmensurable del hombre!

⁶ SAN GREGORIO MAGNO, *Homilía sobre Pentecostés*, cit. por SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina*, 83.

⁷ El llamado interior es nombrado "impulso" por Pío XI, *Rerum Ecclesiae*, 6. *“No es raro que (los jóvenes) oigan en su corazón la misteriosa voz de Dios que los llama a los sagrados misterios”* (Pío XI, *Mens nostra*, 17).

⁸ El Padre Guillermo Doyle, S.I., enumera las siguientes *señales* algunas de las cuales, o bien otras, están al comienzo de una vocación: 1) *Deseo de la misma, junto con una convicción de que Dios le llama para este estado.* 2) *Una atracción creciente por la oración y cosas santas en general.* 3) *Tener odio al mundo y convicción de su falsía e insuficiencia para satisfacer las aspiraciones del alma.* 4) *Temor del pecado, por la facilidad que hay de incurrir en él, y gran deseo de estar lejos de las tentaciones y peligros del mundo.* 5) *A veces es señal de vocación el mismo temor de que Dios quiera dársela a uno. Es verdad lo que el Padre Lehmkuhl dice: “No es necesario tener inclinación natural a la vida religiosa; al contrario, la vocación divina es compatible con la natural repugnancia hacia este estado”.* 6) *Tener celo por las almas, esto es: penetrar algo del valor de la felicidad o desgracia de un alma inmortal, y por tanto desear cooperar a su salvación.* 7) *Querer consagrar a Dios nuestra vida para conseguir la conversión o salvación de personas a quienes amamos.* 8) *Desear reparar nuestros propios pecados y también los ajenos, y querer estar lejos de las tentaciones para cuyo combate nos sentimos muy débiles.* 9) *Especial atractivo por el estado de virginidad.* 10) *Ponderar la felicidad que lleva consigo la vida religiosa, por sus ayudas espirituales, por su tranquilidad, mérito y recompensa.* 11) *Un ardiente anhelo de sacrificarse y abandonarlo todo por el amor de Jesucristo, y de sufrir por su causa.* 12) *Es prueba, finalmente, de verdadera vocación, este buen deseo en uno que no teniendo ni muchas prendas, ni estudios, está dispuesto, sin embargo, a ser recibido en tal estado en cualquier grado que se le diere.* (Cfr. S. Alberto Hurtado, *Elección de carrera*).

⁹ SAN AGUSTÍN, *Tratado de la predicación de los santos*, cit. por SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Contra la pestilencial doctrina*, 86.

¹⁰ *Sedes sapientiae*, 2.

A tu elección se ofrecen varios caminos. Terminas tus estudios: ante ti se abre la universidad con sus múltiples carreras; el ejército y la marina; el campo, la industria, el comercio, un empleo, un sitio de obrero; la literatura y el arte. Se abren ante ti igualmente perspectivas más amplias que las carreras mismas, lo que podríamos llamar estados de vida: la vida religiosa, el sacerdocio, el matrimonio. Dentro de estas maneras de vida hay enfoques especiales que te atraerán particularmente: la política, la acción social, el mundo de los medios de comunicación, el arte, la vida de oración, el estudio, entre otros. Sentirás quizás una fuerte atracción por la vida social; las fiestas, bailes, diversiones te seducen fuertemente. Los deportes, quizás un deporte especial, el fútbol te atrae irresistiblemente. Todas estas sollicitaciones estarán frente a ti y otras mil más, al iniciar tu vida en forma más personal e independiente.

¿A cuál de estos caminos te ha llamado Dios? No ha dejado a tu capricho que seas lo que quieras. Tú tienes vocación para algo, ¿para qué? ¿Cuál va a ser el fin de tu vida? Para el sacerdocio, como para la marina, para el deporte, para la música, para la sociología, para la política, para la Acción Católica hay una verdadera vocación. ¿Cómo conocer la tuya?

¿Qué criterio me permitirá discernir el llamamiento divino? ¿El atractivo que en mí ejercen, el agrado, quizás la felicidad que me ofrecen? Esos criterios tan incompletos no pueden ser la norma para un ser racional y menos para un cristiano.

Nuestro criterio ha de ser de orden sobrenatural y debe ser aplicado con la ayuda de una luz sobrenatural, pero esta luz sobrenatural no se nos da ordinariamente en forma milagrosa, sino que viene a iluminar nuestra razón que discurre apoyándose en los principios de la fe.

El milagro es milagro porque acontece muy raras veces en la vida; no hay, pues, que esperarlo en un problema cotidiano que han de resolver todos los hombres, tanto más cuanto que el mismo Creador *nos ha dejado herramientas plenamente eficaces para descubrir por vías ordinarias nuestro camino en la vida.*

Hay que tener presente primero que Dios asigna un puesto a cada hombre, segundo que en él dará las gracias abundantes y superabundantes para su salvación, y que fuera de él corre hartos riesgos de perderse¹¹.

Como son las reglas de San Ignacio de Loyola, que escribe en su libro *“Ejercicios espirituales”*. Han sido, y aún lo son, de gran ayuda para muchas personas en el camino de la santidad.

1. Descubriendo la vocación. Primera norma de elección.

¹¹ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, 2004³, p. 282.

El primer principio que nos puede orientar en nuestra elección es indiscutiblemente éste: Dios me llama a aquel estado o modo de vida *en el que mejor puedo servirle y en el que mejor puedo salvarme*.

Dios ha creado al hombre para conocerlo, amarlo, glorificarlo y mediante esto salvar su alma. Esta es la doctrina de San Ignacio de Loyola en la meditación básica de los ejercicios, que él llama "principio y fundamento" de toda buena elección. Y doctrina de Jesucristo, principalmente, "*¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?*".

Esta página fundamental de los Ejercicios ha iluminado a centenares de miles, y sin exageración a millones de jóvenes "a hacerse sana y buena elección de su vida". No es una página que pueda leerse de corrido y dejarse definitivamente; es una página que ha de leerse, volverse a leer y meditar en la presencia de Dios y con la ayuda de su gracia.

Medicina, ingeniería, sacerdocio, matrimonio, milicia, política, riqueza y pobreza; todo no es en el fondo mi fin, sino un puro medio para conseguir mi fin.

Notemos bien y con gran insistencia que *no se trata de elegir un buen camino cualquiera, sino el mejor para mí*. Y acentúo estas dos palabras: "*para mí*", no para un ser abstracto, sino bien en concreto para mí, con todo mi equipo de inteligencia, afectividad, simpatía, cualidades y defectos, influencias e inclinaciones, con todas las posibilidades que la vida me ofrece a mí; en el momento concreto que vivo ante las necesidades del mundo, de la Iglesia, de la Patria, de mi localidad, de mi familia.

¿Cómo voy a contentarme con que lo que elijo no sea malo, si hay mil posibilidades mejores para mí? ¿Tendré derecho a contentarme con un simple aprobado como alumno si soy capaz de grandes conquistas intelectuales?

Estas consideraciones, por desgracia, ¡qué ajenas son a la elección de la mayoría de los jóvenes que se dicen cristianos!

Para un joven que pretende ser cristiano de veras, *las grandes preguntas que deberá hacerse* antes de elegir su camino en la vida, son las siguientes: ¿Dónde evitaré mejor el pecado? ¿Dónde me será más fácil alcanzar la perfección? ¿En qué estado ayudaré más segura, más intensa y extensamente a las almas? ¿Dónde haré una obra más duradera, más sobrenatural? ¿Dónde daré mayor gloria a Dios, dónde lograré alcanzar mayores merecimientos para la vida eterna?

San Juan Pablo II en 1984 en una jornada mundial de oración por las vocaciones decía:

Me dirijo sobre todo a vosotros, queridísimos chicos, chicas, jóvenes y menos jóvenes, que os halláis en el momento decisivo de vuestra elección. Quisiera preguntar a cada uno de vosotros: ¿Qué vas a hacer de tu vida? ¿Cuáles son tus proyectos? ¿Has pensado alguna vez en entregar tu existencia totalmente a Cristo? ¿Crees que pueda haber algo más grande que llevar a Jesús a los hombres y los hombres a Jesús? Él tiene necesidad de vosotros para continuar la obra de salvación. ¿Permaneceréis, entonces, indiferentes e inertes?

2. Descubriendo la vocación: Normas de elección.

El principio está claro, pero ¿cómo conocer cuál es en concreto mi mejor camino? ¿Cómo descubrir la vocación?, pregunta inteligente, habitual pregunta de los jóvenes a los sacerdotes. *“Padre, y usted cómo supo que Dios lo llamaba”.*

Es lo más apasionante de nuestra vida. Dios nos llama cómo Él quiere, cuándo Él quiere, a quién Él quiere.

Así como no hay dos personas iguales, así no hay dos vocaciones iguales. De jóvenes, de niños, de adultos (como San Pablo, a los 36 años). Por un suceso, un sermón, un consejo, por ver a un religioso o sacerdote santo, un misionero. O por ver a otros jóvenes que ya han dado el sí al Señor, y uno los ve alegres y felices en esa entrega.

Como decíamos antes, San Ignacio de Loyola clasificó las formas o maneras a través de las cuales Dios llama a las personas a una vocación determinada.

La primera manera. Directamente: o sea, cuando Dios mismo mediante una visión o con una clarísima inspiración da a entender de modo que no admite ningún género de dudas el camino que debe seguirse. Es una gracia interior por el que la persona adquiere certeza de que Dios quiere tal o cual cosa, dispuestos a pasar cualquier sufrimiento Así hizo Dios con *San Pablo* llamándole de una manera milagrosa y clarísima en el camino de Damasco. Así sucedió también a *Santa Margarita*, a la que el Señor dijo claramente que la quería Religiosa, y más tarde le decía que avisase a la señorita de Lyonne porque también a ella la quería religiosa. *San Mateo* “sígueme” y deja la mesa de recaudación de impuestos y lo sigue. *San Antonio Abad* al leer los evangelios.

Lo mismo pasó a *San Estanislao de Kostka*, el cual curado milagrosamente por la Virgen, oyó que le decía: “Te quiero en la Compañía de Jesús”. También de *San Luis* (Gonzaga) se dice que recibió una inspiración muy clara y fuerte que le reveló su vocación a la Compañía de Jesús.

Pero no se vaya a creer que únicamente a los Santos se les llama así. Dios se complace en comunicarse a muchas almas que quizá quedarán

para siempre escondidas en la humildad pero que reciben de Él un trato de misericordia inefable.

Segunda manera. Sin embargo, con más frecuencia, se hace sentir el Señor dando al joven *mucha claridad y seguridad proveniente de consolaciones y convicciones* que hacen de la vocación una cosa *sentida*. Esta es la manera más frecuente como da a conocer Dios la vocación. El joven se siente fuertemente atraído hacia la vida religiosa; para él no existe otro ideal, no puede dudar de que aquél es su camino; cuando piensa en la vocación se siente feliz, se llena de entusiasmo y está pronto a cualquier lucha o sacrificio con tal de llegar a ser religioso, salvador de almas.

Tendrán tentaciones, momentos de duda y de desaliento, pero él comprenderá que son tentaciones que pasarán pronto para dejar tras sí nuevamente la calma, la luz y la plena seguridad.

San Ignacio de Loyola lo explica del siguiente modo: hay dos estados principales del alma “consolación” y “desolación”.

Cuando el alma siente alegría, felicidad, cuando el alma tiene mucha fe, esperanza y caridad. Eso es *Consolación*. *Desolación*, por el contrario, es totalmente distinto, pesimismo, falta de fe, sin esperanza, oscuridad, desaliento... ¿Qué sucede en esto? Cuando el alma esta consolada, es propio de Dios mover al alma. Cuando esta desolada, es propio del demonio.

Puede ocurrir que un joven estando consolado, sin causa, piensa que Dios lo quiere en la consagración o el matrimonio, y ese mismo joven, en cambio, estando desolado piensa que Dios no lo quiere en la consagración o en el matrimonio (que no va perseverar, etc.).

Aquí hay que hacer discernimiento. Si cuando uno está consolado sabe que Dios lo quiere en el sacerdocio o la vida consagrada, probablemente Dios lo llame; si estando desolado vienen tentaciones contra la tal vocación, probablemente Dios lo llame, porque el demonio milita contra lo que Dios quiere. Lo mismo sucede con el ejemplo del matrimonio.

No se trata aquí únicamente de sentimiento pues hay mucha gracia de Dios, pero hay también mucho fervor y con frecuencia fervor sensible el cual con el tiempo podrá disminuir y aún desaparecer; y si la vocación se funda sólo sobre esto y no más bien sobre convicciones que sean fruto de razonamiento y de experiencia, podrá ser fuertemente zarandeada en momentos de crisis o tentación y aún alguna vez puede miserablemente perderse.

Por lo tanto, al mismo tiempo que se les anima y se les muestra confianza en su sinceridad y en la gracia que Dios les da, *debemos exigirles que hagan por escrito su elección*, que escriban los *motivos* por los cuales escogen el estado religioso y que se convenzan con la inteligencia de que

tienen razones para escoger este estado tan sublime. Y ese escrito, fruto de meditación, reflexión y luces espirituales, se ha de conservar, para que en el momento de la tentación o vacilación el joven pueda releerlo y volver así a las fuentes de su vocación y no dejarse conducir por otros caminos más o menos turbios que quizá se atravesasen en el suyo.

Veamos el ejemplo de San Ignacio:

Por los cuales leyendo muchas veces, algún tanto se aficionaba a lo que allí hallaba escrito. Mas dejándolos de leer, algunas veces se paraba a pensar en las cosas que había leído; otras veces en las cosas del mundo que antes solía pensar. Y de muchas cosas vanas que se le ofrecían una tenía tanto poseído su corazón, que se estaba luego embebido en pensar en ella dos y tres y 4 horas sin sentirlo, imaginando lo que había de hacer en servicio de una señora, los medios que tomaría para poder ir a la tierra donde ella estaba, los motes, las palabras que le diría, los hechos de armas que haría en su servicio. Y estaba con esto tan envanecido, que no miraba cuán imposible era poderlo alcanzar; porque la señora no era de vulgar nobleza: no condesa, ni duquesa, mas era su estado más alto que ninguno destas.

Todavía nuestro Señor le socorría, haciendo que sucediesen a estos pensamientos otros, que nacían de las cosas que leía. Porque, leyendo la vida de nuestro Señor y de los santos, se paraba a pensar, razonando consigo: ¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo? y así discurría por muchas cosas que hallaba buenas, proponiéndose siempre a sí mismo cosas dificultosas y graves, las cuales cuando proponía, le parecía hallar en sí facilidad de ponerlas en obra. Mas todo su discurso era decir consigo: Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. Duraban también estos pensamientos buen vado, y después de interpuestas otras cosas, sucedían los del mundo arriba dichos, y en ellos también se paraba grande espacio; y esta sucesión de pensamientos tan diversos le duró harto tiempo, deteniéndose siempre en el pensamiento que tornaba; o fuese de aquellas hazañas mundanas que deseaba hacer, o destas otras de Dios que se le ofrecían a la fantasía, hasta tanto que de cansado lo dejaba, y atendía a otras cosas.

Había todavía esta diferencia: que cuando pensaba en aquello del mundo, se deleitaba mucho; mas cuando después de cansado lo dejaba, hallábase seco y descontento; y cuando en ir a Jerusalem descalzo, y en no comer sino yerbas, y en hacer todos los demás rigores que veía haber hecho los santos; no solamente se consolaba cuando estaba en los tales pensamientos, mas aun después de dejando, quedaba contento y alegre. Mas no miraba en ello, ni se paraba a ponderar esta diferencia, hasta en tanto que una vez se le abrieron un poco los ojos, y empezó a maravillarse desta diversidad y a hacer reflexión sobre ella. Cogiendo por experiencia que de unos pensamientos quedaba triste, y de otros alegre, y poco a poco viniendo a conocer la diversidad de los espíritus que se agitaban, el uno del demonio, y el otro de Dios. Este fue el primero discurso que hizo en las cosas de Dios; y después cuando hizo los ejercicios, de aquí comenzó a tomar lumbre para lo de la diversidad de espíritus¹².

¹² SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Autobiografía*, 6-8.

3. Tercera manera o tercer modo

Tiempo de calma. Decisión fundada sobre el raciocinio. Es el estado de aquellos que no se sienten movidos sensiblemente por la gracia sino que se hallan en un estado de tranquilidad absoluta. (Una cosa así como aquel joven que quería que decidiese yo por él). Estos no por eso han de creer que no tienen vocación, como suelen pensar tantos seculares, sino que deben también ellos hacer su elección y considerar con la lógica para qué han sido creados, cuál es el fin de su vida en la tierra, qué camino es el más a propósito para ellos para alcanzar mejor, con más facilidad y con mayor seguridad su último fin.

Cuando en la oración coloca lo que tiene que elegir: sacerdocio/vida consagrada y matrimonio. Busca el camino para mejor alcanzar la gloria de Dios y salvación del alma.

Simplemente tomando un cuaderno: escribo “sacerdote”: luego *pro y contras*, y anota todo lo que serían las *ventajas y desventajas*. Otra hoja, anoto “matrimonio”: serenamente pensando en la salvación del alma, escribe las ventajas y desventajas de optar por este otro modelo de vida. Una vez que tenemos eso escrito, recién ahí se pone a sopesar dónde está lo de mayor peso, hacia donde se inclina la razón, no la sensibilidad (que dispara hacia cualquier lado).

Dios habla en la consciencia, no en la sensibilidad.

Otra cosa podemos hacer. Igualmente: delante de Dios, buscando mi salvación y la gloria de Dios.

-Consejo a un hombre buscando su bien, qué le aconsejaría respecto de lo que quiero elegir. Eso aplicármelo a ahora a mí en la tal elección.

-Momento de la muerte. Que a veces no pensamos en eso. En ese momento cómo me encontraría de mejor grado. Según me parece ese momento, aplicarlo a mi situación actual.

-En el juicio, rendir cuentas de la vida. Delante de Cristo, cómo me encontraría más satisfecho, y feliz. Qué llevaría entre manos. Señor, por amor a vos formé una familia, tuve tantos hijos, o sino, Señor, por amor a vos celebre la misa, confesé, misioné a tantas almas, etc.

Bueno, según te parezca que en ese momento estarías más feliz y en paz, aplícalo *ahora* para tomar esa decisión.

Luego presentar a Dios la elección.

Muchos Santos han tenido que recurrir a este sistema para conocer y encontrar su vocación. Así sobre *San Claudio de la Colombière* leemos que, llegado a la edad de tener que abandonar el colegio y los estudios

inferiores y teniendo que elegir su camino, después de haber encomendado el asunto al Señor, se puso a pensar y a considerar sus inclinaciones, dotes, posibilidades, el fin de su vida, etc., y aunque no le atraía la religión, la escogió porque le parecía más apta para conseguir *su salvación eterna* y el fin para que Dios le había creado, es decir servirle y amarle.

Que escogió bien y que fue una verdadera vocación divina lo prueba el hecho de que fue un perfecto religioso y que por este camino escogido, solamente a través del razonamiento, llegó a la santidad y al honor en los altares.

Puede servir el ejemplo de San Alberto Hurtado. Haciendo Ejercicios Espirituales inicialmente escribió en su cuaderno de Ejercicios Espirituales:

Señor yo quisiera seguirte, pero veo que en mi corazón hay un deseo tan vehemente de complementarse con otro ser, de procrear..., deseo que no puede venir sino de ti. Por tanto, tú me llamas al matrimonio. Señor, yo quisiera seguirte en la obediencia, pero mi voluntad es tan débil...

Señor yo quisiera seguirte, pero veo el bien que podría hacer como apóstol seglar; siento un tal deseo de salvar a mis hermanos de taller... sé que ese llamamiento no puede venir sino de ti.

¿Qué lo hizo cambiar de opinión? *La donación o entrega total:*

Yo te hago la oblación de todo lo que soy y poseo, yo deseo dártelo todo, servirte donde no haya restricción alguna en mi don total.

No es sentimiento¹³

Por todo lo dicho se ve que todo es cuestión de voluntad y de entendimiento con el cual se comprende y juzga lo que nos conviene para la santificación, perfección y salvación del alma, que busca su camino, y el del prójimo al que también quiere ayudar a salvarse.

Jesús nos dice: *“Si quieres”,* y no: *“Si te sientes atraído”.*

Están, pues, en un error los que exigen que el alma *sienta* una cierta atracción hacia el estado religioso, que vea *claramente* y se convenza *sensiblemente* de que Dios la quiere en la religión.

Este fervor sensible y este sentimiento de certeza mezclada con entusiasmo acompañan muchas veces a una vocación verdadera, pero no son necesarios. Muchas veces Dios los concede para que el alma se fortifique y supere una serie de luchas internas o externas por las que deberá pasar para llegar a alcanzar su ideal. De hecho, el que tiene la vocación ha de sacrificar familia, haberes, amistades, quizá cualquier

¹³ Puede servir: <https://verbo.vozcatolica.com/si-vos-te-gusta/>

amor o ideal humano, porvenir en el mundo, el propio querer y comodidad; debe dejarse *a sí mismo*... Sin una gracia que ayude a la naturaleza con las consolaciones espirituales, con un entusiasmo sensible, con una certeza y seguridad llenas de gozo, muchos no serían capaces de dar el gran paso y romper completamente con todo lo sensible y brillante para darse a lo que realmente vale más, pero que no nos es posible ni tangible porque es espiritual.

Para algunos esas consolaciones son necesarias, para otros no; muchos, en cambio, no las tuvieron y perseveraron lo mismo en el propósito de servir a Dios hasta la muerte.

No se trata, por consiguiente, de *sentir* sino más bien de *entender* con el entendimiento, iluminado y elevado por la gracia, que, *para mí*, con todos mis defectos, debilidades, exigencias, deseos espirituales, carácter y circunstancias, *la vida religiosa es lo más apto para salvarme*, para ser santo o para vivir una vida digna de ser vivida.

¡Oh, si los jóvenes que buscan un sentido a sus vidas, lo comprendieran! El sentido de la vida, el precio de la vida... ¡Qué campo! Pero para realizar este milagro no hay más que un camino: el de Cristo, "movido por la misericordia" (Lc 7,13). Movernos por amor, encarnar el amor... misericordia, amor al miserable, al que no vale... Encarnar el amor: tiempo no para conferenciantes, para testigos. Las palabras no sirven... [hay que estar dispuestos a] Dar la vida.

Que viendo al sacerdote, el mundo vea a Cristo; la humildad, la paciencia, el desinterés... Que jamás los pies se cansen... al conventillo, al campo... jamás los labios [se cansen] de perdonar, las manos de abrirse para dar, de cerrarse para orar¹⁴.

¡Qué grande es mi vida! Qué plena de sentido. Con muchos rumbos al cielo. Darles a los hombres lo más precioso que hay: Dios; y dar a Dios lo que más ama, aquello por lo cual dio su Hijo: los hombres¹⁵.

¹⁴ SAN ALBERTO HURTADO, *La búsqueda...* p. 257.

¹⁵ SAN ALBERTO HURTADO, *Un disparo a la eternidad*, p. 47.